

Esta joven con atrofia muscular explica los múltiples obstáculos que le impiden poder cursar un grado presencial

Lorena quiere ir a la universidad



PAU DE LA CALLE / SHOOTING

Lorena, el pasado mes de noviembre en su casa de Montcada i Reixac (Barcelona)

JOSEF FITA
Barcelona

La vida no se lo ha puesto nada fácil a Lorena Jurado (20 años). Al año de nacer, le diagnosticaron una atrofia muscular espinal tipo 2, una enfermedad neuromuscular degenerativa que la ha postrado en una silla de ruedas desde entonces. Pero ella nunca se ha rendido. El año pasado acabó el grado superior de formación profesional de marketing y publicidad. Lejos de conformarse, se matriculó después en el grado de Publicidad y Relaciones Públicas en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Pero ahí apareció el enorme obstáculo en su recorrido vital: la universidad le informó de que no podía costearle la figura de una veladora que le diera el apoyo permanente que necesita y que ha tenido siempre, incluso en el gra-

do superior que cursó. Viendo, ya entrado el mes de septiembre, que ni la UAB ni la administración le solucionaban el problema, optó por anular la matrícula e inscribirse en la UOC, donde está realizando el primer curso a distancia. Ella, no obstante, no desiste: quiere hacer el segundo año en la UAB. Faltan los astros se alineen.

Debido a su patología, requiere

de una persona a su lado constantemente. Tiene muy poca fuerza en todos los músculos. Su debilidad le impide incluso elevar los brazos. “A veces no tengo ni fuerza para teclear”.

La familia tuvo dos reuniones con la universidad. Una primera, en abril, donde no estaba la responsable del programa Piune (el servicio de la UAB de apoyo a los

estudiantes con necesidades educativas específicas) y en la que “no se trató mucho la cuestión de la veladora”. Distinto fue el segundo encuentro, en el que la responsable expuso la idea de que fueran ellos mismos los que contrataran a una persona externa ante la imposibilidad de la universidad de asumir el coste de esa figura.

Lorena cobra una paga al ser de-

pendiente (tiene reconocido un 81% de discapacidad y el grado III –severo– de dependencia), pero esta ayuda asciende a 387 euros al mes. Más allá de ese dinero, en su casa solo entra el sueldo de su padre (su madre trabajaba también, pero tuvo que dejarlo para hacerse cargo de ella).

Hasta ahora, ha sido la administración (el Departament d’Educació) el que ha sufragado el coste de esta figura. Pero en la educación superior es la universidad la que se tiene que hacer cargo de ese gasto, una realidad que no rehú-

Debido a su patología, necesita una veladora que le dé el apoyo constante que precisa para estar en clase

yen desde la UAB, aunque manifiestan que no tienen recursos para afrontarla. Explican que tienen alumnos con necesidades educativas específicas a los que acompañan hasta la clase, trasladan a otras aulas e incluso acompañan al lavabo o al comedor. “Pero no tenemos una persona, que supondría un sueldo, dedicada al 100% a un estudiante”, subrayan.

Argumentan que explicaron a la familia que económicamente no podían ofrecer esa atención y que, en todo caso, hablarían con el Departament de Recerca i Universitats. Fuentes de este departamento confirman esos contactos. Esgrimen que se habían emplazado a un segundo encuentro con la UAB, pero nunca llegó: “Entendemos que fue porque la estudiante acabó anulando la matrícula”.

Afirmar que ellos cuentan con un programa (de nombre Unidiscat) en el que ofrecen ayudas a las universidades para atender a este tipo de alumnos y del que acaban de publicar una nueva convocatoria, que cuenta con una partida de 400.000 euros (en el 2021 el montante ascendía a algo más de 223.000 euros, mientras que en el 2022 superó los 231.000). Desde la UAB admiten que reciben esta ayuda de la Generalitat (la parte que les corresponde), pero para atender a más de 800 estudiantes. ●

“Me gustaría salir de casa, vivir la experiencia...”

■ Lorena explica que no le va mal en la UOC, aunque dice que no tiene nada que ver hacer un grado a distancia que cursarlo presencialmente. “Me gusta salir de casa, conocer gente nueva, vivir la experiencia universitaria...”. Además, estudiar en la UOC le supone un gasto mayor a la familia. Mientras que, por su

discapacidad, habría pagado en la universidad pública 80 euros al año, la UOC le cuesta 600 euros cada semestre. Ella no solo aspira a hacer la carrera presencial, sino también a encontrar un trabajo. “La cuestión del empleo ya está difícil para la gente en general, pues imagínate para ella”, arguye su madre. Ahora está

empleada como agente cívica en el Ayuntamiento de Montcada i Reixach, pero es un trabajo de solo seis meses. No tiene preferencias a la hora de encontrar un empleo más duradero. Se conforma con algo que se ajuste a sus posibilidades: “Auxiliar administrativa, recepcionista, teleoperadora, community manager...”.